



Anuario Internacional CIDOB 2000 edición 2001

Claves para interpretar la Política Exterior Española y las Relaciones Internacionales en 2000

Migraciones en México

Migraciones en México

Migraciones internas

El desarrollo económico mexicano condiciona los patrones de las migraciones internas. La etapa de desarrollo estabilizador (1940-1970) tuvo como escenarios principales a las grandes zonas metropolitanas del país, sobre todo a la Ciudad de México. Los flujos migratorios, principalmente de carácter rural-urbano, respondieron a la centralización económica de esas zonas y la urbanización se vio dominada por la concentración de la población en unas cuantas grandes ciudades. No obstante, en las últimas dos décadas se advierten importantes transformaciones en la dinámica migratoria y urbana del país.

Casi una quinta parte de la población del país ha realizado al menos un movimiento migratorio entre dos estados

La migración interestatal involucra a millones de personas en el país y su número ha crecido en forma notoria en los últimos decenios. Basta señalar que mientras en 1960 poco más de 5,5 millones de personas vivían en una entidad diferente a la de su nacimiento, en 1970 el número se incrementó a 7,5 millones y en 1990 a 15,4 millones. Esta última cifra representó en 1990 alrededor del 17,4% de los mexicanos residentes en el país.

Cinco mexicanos de cada 100 cambiaron de entidad de residencia durante el quinquenio 1985-1990

Entre 1985 y 1990 alrededor de 4.360.000 personas cambiaron de entidad de residencia. Esta cifra representó el 5,2% de la población del país en 1990, lo que indica que cinco de cada 100 personas, en promedio, migró interestatalmente durante el lustro señalado.

Las principales corrientes migratorias ya no se dirigen a la ciudad de México, sino que se originan en ella

En el quinquenio 1965-1979 los flujos más importantes se dirigían a la Ciudad de México; en el más reciente se originan en ésta. Asimismo, se aprecia que, durante el período 1985-1990, Baja California fue el destino principal de las corrientes originadas en cuatro estados, mientras que el Estado de México constituyó el destino principal de la emigración originada en seis estados del país.

La intensidad y dirección de las corrientes migratorias está asociada al grado de desarrollo de los estados

En la literatura especializada se ha planteado la existencia de una relación directa y estrecha entre el signo y el monto de la migración neta, y el nivel de desarrollo de las entidades fedrativas. Si se toma el índice de desarrollo para las entidades fede-

rativas como un indicador aproximado del nivel de bienestar de los habitantes de los estados, se espera que prevalezca una relación directa con el saldo neto migratorio. Al agrupar los estados del país de acuerdo con su condición migratoria, es decir, en estados con migración neta positiva (atracción) y negativa (rechazo), y su condición de bienestar, la gran mayoría de las entidades satisfacen la relación esperada. Los datos disponibles sugieren que la búsqueda de mayores y mejores oportunidades de trabajo, en tanto medio para alcanzar un mejor nivel de vida, constituye un factor relevante en la explicación de los movimientos migratorios. La información disponible indica que una proporción variable de los residentes de 16 ciudades mexicanas expresaron su deseo de emigrar en el futuro.

Seis de cada diez mexicanos residen en localidades urbanas

De acuerdo con datos censales, entre 1970 y 1990 la población urbana (la que reside en ciudades con más de 15.000 habitantes) pasó de 18 a 46 millones de personas, lo que representa el 37,7 y el 57,4% de la población nacional, respectivamente. Asimismo, se contabilizaron 252 localidades con más de 15.000 habitantes en 1970, así como 416 en 1990. Esto significó que la tasa de crecimiento anual de la población urbana se elevó al 4,7% durante esos veinte años, que es muy superior a la de la población nacional (2,6%) y, obviamente, a la de la población rural (1,4%). Como resultado de esta dinámica, el grado de urbanización pasó de 49,4% en 1970 a cerca de 56,2% en 1980 y a 61% en 1990.

La población urbana de México se incrementa a razón de 1,9 millones por año. Si bien el proceso de urbanización siguió su marcha durante la década de los ochenta, lo hizo a un ritmo más lento que el observado en las décadas previas. Considerando constante la dinámica del fenómeno urbano experimentada durante la última década, se estima que la población urbana del país crece en alrededor de 1,9 millones de personas anualmente. A pesar de la creciente importancia de la población urbana, México continuará presentando, al menos en el futuro próximo, dos contrastes: la coexistencia de una creciente concentración de la población en un número importante de ciudades y la enorme dispersión demográfica en las zonas rurales. El mosaico de contradicciones entre el México urbano y el rural seguirá estimulando el todavía importante potencial emigratorio de este último.

La mitad de la población urbana del país vive en localidades de más de un millón de habitantes

La tendencia predominante hasta hace relativamente pocos años era la concentración de la población en unas cuantas ciudades del país, en especial en la región centro del territorio

nacional. Esta tendencia está siendo gradualmente modificada, dando paso a una distribución más amplia de la población en centros urbanos de diversas dimensiones. La menor atracción migratoria ejercida por las grandes metrópolis, debido a problemas vinculados con el deterioro de la calidad de vida, se refleja en su más lento crecimiento y, por tanto, en una declinación de la proporción de la población urbana que vive en ellas. El porcentaje de la población residente en ciudades de más de un millón de habitantes disminuyó de 53,2% a 48,6%, aun cuando el número de estas ciudades aumentó de 4 a 5. Este cambio no es necesariamente definitivo, puesto que, si las condiciones económicas se tornan favorables, podría reiniciarse un proceso acelerado de crecimiento de las grandes metrópolis durante los próximos años.

Dentro de este panorama, es necesario resaltar la importancia adquirida por las llamadas ciudades intermedias (entre 100.000 y un millón de habitantes) como centros de atracción de población. En 1950 había sólo 13 asentamientos con estas dimensiones; en 1970 ya se habían incrementado a 37 y en 1990, sumaron un total de 56. En la década de los ochenta, estas ciudades crecieron más rápidamente que las grandes metrópolis. Como resultado de la expansión y multiplicación de las ciudades intermedias, en 1990 cerca del 23,7% de la población total y el 39% de población urbana del país residía en esas localidades, mientras que apenas dos décadas atrás concentraban aproximadamente el 16,6% y 33,6%, respectivamente.

Migraciones internacionales

La migración internacional no parece haber desempeñado un papel determinante en la dinámica demográfica del país en las primeras cinco o seis décadas de este siglo. Las corrientes de inmigración no fueron muy significativas durante ese período. La emigración -particularmente la dirigida a Estados Unidos- tampoco alcanzó volúmenes cuantiosos, aunque cabe reconocer la existencia de flujos seculares -de carácter temporal y permanente, así como de índole tanto documentada como indocumentada- hacia el vecino país del norte. Sin embargo, durante las últimas dos décadas se ha registrado un notable incremento de la emigración de mexicanos hacia Estados Unidos, fenómeno que a su vez no se ha acompañado de un aumento significativo de la inmigración a México. Como consecuencia, el saldo migratorio con el exterior ha sido negativo, y en los años recientes ha alcanzado una pérdida anual de aproximadamente 290.000 personas, lo que significa una reducción en la tasa de crecimiento total de la población calculada en -0,32%.

El movimiento migratorio de mexicanos hacia Estados Unidos tiene una larga tradición

A través de una frontera compartida de casi 4.000 kilómetros, y en la que se registran alrededor de 310 millones de tránsitos fronterizos cada año, la migración mexicana hacia el vecino país constituye un asunto ciertamente estra-

tégico de la agenda bilateral. Se trata de un fenómeno complejo, con una prolongada tradición histórica y con raíces estructurales en ambos lados de la frontera. Aunque con cambios en su intensidad y modalidades, el tránsito migratorio, a uno y otro lado de la frontera, ha sido una constante en la relación entre ambos países desde el siglo XIX.

Propiamente, la migración de mexicanos hacia Estados Unidos se inició a mediados del siglo XX y comenzó a intensificarse durante el período revolucionario, hasta alcanzar sus niveles más altos en años recientes. Entre 1910 y 1919 alrededor de 200.000 personas originarias principalmente de Jalisco, Michoacán y Guanajuato se trasladaron a los estados de Texas, Arizona y California para trabajar en actividades agrícolas, el tendido de vías ferroviarias y, en menor medida, en la industria. Dos hechos que tuvieron lugar entre 1920 y 1940 restringieron tanto el ingreso de mexicanos a Estados Unidos como la salida de un gran número de trabajadores mexicanos de aquel país: el fin de la Primera Guerra Mundial y la crisis económica de 1929. Esta circunstancia motivó que la migración de mexicanos se redujera entre 1930 y 1940. La reactivación de la migración mexicana hacia los Estados Unidos ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial.

La emigración (documentada e indocumentada) de mexicanos hacia Estados Unidos se ha incrementado rápidamente en el curso de las últimas dos décadas. De acuerdo con estimaciones recientes, en los años de 1950, 1960 y 1970 residían alrededor de 630.000, 834.000 y 1.399.000 mexicanos en Estados Unidos, respectivamente. A partir de la década de los setentas, el número de residentes se multiplicó rápidamente. En 1980 eran algo más de 2.500.000 y en 1990 de 4.500.000. Los datos más recientes de que se dispone provienen del Estudio Binacional, que revela que la población mexicana que vivía en los Estados Unidos en marzo de 1996 era de entre 7,0 y 7,3 millones (cifra que representa alrededor del 7,3% de la población de México en ese año). Alrededor de 500.000 ya habían obtenido la ciudadanía norteamericana, entre 4,2 y 4,4 millones eran residentes documentados y entre 2,3 y 2,4 millones eran indocumentados. Esta población inmigrante tiende a agruparse en unos pocos condados de los estados de California, Texas, Illinois y Arizona, que concentran alrededor del 90% de esta población.

El perfil de los migrantes hacia Estados Unidos ha venido cambiando rápidamente

La evolución seguida por la migración mexicana en los años setenta y ochenta ha obligado a revisar una gran cantidad de estereotipos que en el pasado servían para caracterizar a esta población. De hecho, el prototipo del emigrante mexicano hacia Estados Unidos (proveniente de las áreas rurales del centro, norte y oeste del país, trabajador agrícola, con baja escolaridad y en busca de trabajo estacional temporal) ha dejado de ajustarse a la realidad.

Es probable que el cambio en la composición de la migración haya empezado a producirse en las postrimerías de los sesenta y principios de los setenta, pero se intensificó en la década de los ochenta debido a la operación de cuatro fac-

tores principales: la crisis económica en México durante la década 1980-1990, que acentuó las presiones migratorias; los cambios observados en la economía norteamericana, que han afectado la magnitud y el perfil de la demanda de fuerza de trabajo migrante en Estados Unidos; los efectos de la legislación norteamericana en materia de inmigración, en particular la ley de inmigración aprobada por el Congreso norteamericano en 1986, que precipitó decisiones de migración que quizá hubiesen permanecido latentes durante un largo período de no aprobarse esa ley; y la consolidación de redes sociales funcionales que vinculan los lugares de origen con los de destino. En relación a este último punto, se ha señalado que una vez que la población mexicana en Estados Unidos alcanzó cierto umbral, la continua expansión de las redes sociales provocó una reducción de los costes y riesgos asociados con el movimiento internacional y un incremento de la probabilidad del traslado, lo que ha dado al movimiento migratorio un poderoso impulso propio.

La concurrencia de esos factores ha contribuido a provocar algunos cambios importantes en la composición y dinámica del fenómeno de la emigración indocumentada: se advierte una creciente diversificación regional de la migración hacia Estados Unidos, reconociéndose que el origen geográfico de los migrantes mexicanos se ha extendido más allá de las entidades de emigración tradicionales (Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Zacatecas, Durango y Chihuahua); es notoria la presencia de migrantes procedentes de las áreas urbanas, respecto a la cual resulta especialmente significativo el contingente de personas que provienen de la zona metropolitana de la Ciudad de México; la migración de mujeres y menores de edad ha ganado auge, siendo más frecuentes los movimientos de familias completas o los estimulados por los deseos de reunificación familiar; existe una creciente diversificación ocupacional y sectorial de los migrantes tanto en México como en Estados Unidos, advirtiéndose que los migrantes que desempeñan una ocupación

agrícola en sus lugares de origen han dejado de ser mayoritarios; se aprecia una creciente concentración del flujo de migrantes tanto en los estados de California y Texas, como en algunas áreas metropolitanas de éstos y otros estados de la Unión Americana; y el hecho de que los períodos de estancia de los migrantes en el vecino país del norte se han venido alargando. Casi las dos terceras partes de los inmigrantes mexicanos residentes en California acogidos al programa general de legalización autorizado por el Congreso norteamericano en 1986 tenían 10 o más años de estancia en el vecino país del norte.

México ha sido hasta años recientes un país de escasa inmigración

El establecimiento de extranjeros en México no ha sido motivo de estudios comparables en cantidad con los de la emigración de mexicanos, debido quizá a que su monto ha sido reducido. Los flujos más cuantiosos corresponden a los refugiados de la Guerra Civil de España al final de los años treinta; los perseguidos políticos por los gobiernos militares de América del Sur a principios de los años setenta; y los desplazados por los conflictos políticos y la violencia en Guatemala, El Salvador y Nicaragua durante los años setenta y ochenta.

En contraste con el enorme flujo de emigrantes observado en las últimas décadas, la importancia de la inmigración de personas provenientes del extranjero ha sido reducida. De hecho, los residentes extranjeros en el país sumaron en 1980 un total de 280.000 personas, mientras que en 1990 no superaron la cifra de 400.000. La inmigración extranjera es reducida en todas y cada una de las entidades federativas. Esto se advierte para el año de 1990 mediante las tasas de inmigración externa acumulada o los porcentajes de los residentes que nacieron en el extranjero, cuyos valores en la mayoría de las entidades no alcanzan el 1%, aunque para Baja California y Campeche registran un máximo del 2%.

Fuentes:

Programa Nacional de Población 1995-2000. México: Consejo Nacional de Población (<http://www.conapo.gob.mx/polpobla/index.htm>)
Migración México-Estados Unidos Presente y futuro. México: Consejo Nacional de Población, 1999